



RUTAS TURÍSTICAS

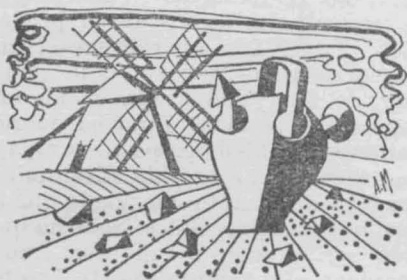
Toledo —capital y provincia— tiene una situación geográfica que no dudamos en considerar privilegiada a ciertos efectos: limitada al Norte y Sur por cadenas montañosas con alturas superiores al millar de metros, nieves perpetuas, abundantes corrientes de agua, caza mayor y menor, monte bajo, bosque, etc.; sita casi en el centro geográfico de España y atravesada por numerosas carreteras, generales todas ellas, y las secundarias que las enlazan entre sí, que pasan por ciudades, pueblos y aldeas, sin que el viajero que por ellas transita sienta curiosidad en pararse a mirar algo: ese «algo» que tanto abunda en esta tierra de godos, árabes, judíos, moriscos, mozárabes, cristianos viejos...

A nosotros nos gustaría que, en plena carretera, se despertase la curiosidad del viajero, empleando al efecto los medios adecuados: que se convierta en una ruta turística lo que, en su sentido más real, es un encintado de asfalto, cemento y piedra. El camino emprendido, cualquiera que sea su dirección, está repleto de ruinas, templos, plazas y vestigios de todas las épocas, y algunos casi únicos, como Melque.

Es penoso que ocurra lo que le sucedió a Víctor de la Serna cuando viajó por España como «enviado especial» de A B C: que pasó por Tembleque, y de él sólo vió las especiales peculiaridades de su carretera.

Y también nos gustaría que una adecuada propaganda diese a conocer las excelentes bellezas y posibilidades turísticas de Gredos y los Montes de Toledo en sus vertientes hacia el Tajo.

F. ESPEJO



LA MUERTE EN LA FILOSOFÍA ESTOICA

En los umbrales de la vieja filosofía estoica se lee este rótulo bañado de agria duda existencialista: ¿Es el hombre solamente un ser para morir? Así le concibió la vieja filosofía estoica, y en este principio ahoyó su nido. Para ella el cuerpo del hombre era un compuesto de agua y aire, elemento comunicado por los padres. Y el alma era una partícula desprendida del Fuego Universal. Según los principios de esta escuela, el alma era corpórea. Por eso Marco Aurelio tardíamente llegó a barruntar su espiritualidad. Para él solamente el alma del mundo es inmortal. Todas las demás, aunque se encumbren por encima del cuerpo, perecen el juicio universal. El hombre, para esta escuela, no pasaba de ser un ser para morir.

A esta teoría, un tanto rudimentaria, siguió la escuela del Puro Estoicismo, encarnada en Séneca, que sale de sus tinieblas como alondra a camino de sol. En esta escuela, Séneca alumbró la aurora de un día nuevo. ¿Qué es la muerte para Séneca? Séneca estudia detenidamente al hombre y se pregunta: ¿Qué es el hombre? «Lo mejor que tiene el hombre, dice Séneca, es la razón, y esta razón es una partícula desprendida del mismo Dios, que al volar de la cárcel y de los hierros del cuerpo, vivirá inmortalidad».

Aunque la finalidad existencial del hombre no sea un ser para morir, es cierto que tiene que morir. A ello le encamina su ser finito... limitado... contingente... Lo mismo que un día alboró a sus ojos la luz de su existencia, otro día anochece su alma el ocaso de su ser. Es una necesidad de su finalidad existencial. Luego el hombre tiene que morir.

Ahora bien; ¿cómo concibió la muerte la filosofía estoica? Antes de nada hay que afirmar que entre la vieja filosofía estoica y la cristiana existen varios rayos de semejanza. El cristianismo concibe la muerte como pena y residuo del Pecado Original. El estoicismo no admitió el primer pecado, pero palpó claramente los efectos. Por eso llegó a conclusiones parejas con el cristianismo. La muerte para el estoicismo es el punto de unión del Tiempo con la Eternidad, el tránsito a los Dioses. El alma —en esta desunión de los dos compuestos— no se extingue ni vuela de parte a parte (Meténcosis), antes sube para descansar en los Dioses.

¿Cómo concibió la muerte Séneca? El mismo nos lo dice claramente: «Ninguno de nosotros piensa que pronto o tarde tendrá que salir de esta morada, como a los viejos inquilinos nos retiene el amor a la casa y la costumbre, que desafía todas las incomodidades. ¿Quieres ser libre contra este cuerpo? Mora en él como quien de él ha de emigrar. Piensa que algún día tendrás que dejar ese alojamiento y te sentirás más fuerte en previsión de tu salida forzosa». Y Séneca continúa: «Sólo de la ciencia del morir llegará inexorablemente el día en que tendrá que ser aplicada. No vayas a creer que sólo los grandes caracteres tuvieron esta fuerza para romper las barreras de la servidumbre humana. No vayas a creer que eso sólo puede hacerlo Cato, que arrancó con su propia mano el alma que no pudo extraer el hierro. Hombre de condición vilísima con ímpetu grande voló al inmortal seguro».

JOSÉ GIL GONZÁLEZ

ANOTACIONES

Todos tenemos nuestra «acera de enfrente», y en esto no somos una excepción. En ella están: el enemigo, el inocente, el ingenuo, el falto de sentido común y el indiscreto. No equivoquemos los términos; inocencia e ingenuidad no son una misma cosa, de la misma manera que no debemos confundir la inocencia con la falta de sentido común, ni la ingenuidad con la indiscreción. Los menos peligrosos son el inocente y el enemigo declarado, por cuanto sus reacciones son lógicas, naturales y, casi siempre, previsibles. El ingenuo suele ser un ignorante culpable, y el carente de sentido común acusa falta de reflexión. El indiscreto hace alarde de su hipócrita ingenuidad o, en todo caso, intenta tapar la mentira de su lengua con una media verdad dicha entre dientes.

No están en la «acera de enfrente», pero con mucha frecuencia colaboran con ella; el que cree que la impertinencia y la grosería es lo mismo que sinceridad y franqueza, y el que confunde la injusticia y la frialdad con la ecuanimidad, como si no se pudiera ser imparcial y al mismo tiempo de espíritu ardiente.

No comprenden que si «hacer» es muy heroico, para ellos lo es más el que «dejen de hacer» o que «dejen hacer». Nos juzgan por lo que no hemos hecho, pero quizá pudimos hacer. Si Dios juzgase así, todos terminaríamos llorando y rechinando los dientes. Nos critican, y toman por asentimiento el silencio de los que trabajan. Si respetamos su libertad, dejándoles decir todo lo que quieren, ¿por qué nos quieren obligar a decir lo que queremos callar?

Es más, ni siquiera nos conceden el derecho a disgustarnos ante su intención manifiesta.—F. E.